

del ser y del bien de las escuelas de Megara, Elis y Eretria, el idealismo de Platón, el empirismo aristotélico, el estoicismo zenoniano, el sensualismo de Epicuro, el escepticismo pirrónico, el de Arcesilas y Carnéades y tantas otras fases y direcciones menos importantes que presenta la filosofía griega? Imposible de todo punto.

Nada diremos, finalmente, de la India, China, Persia, Egipto y Judea, no porque no haya habido en estos pueblos cierta cultura filosófica, sino porque, no siendo bastante conocido, es casi irrealizable señalar sus caracteres.

Resulta, pues, de todo lo dicho, que en rigor ningún país puede gloriarse de poseer una filosofía nacional, por lo mismo que ninguno permanece tan cerrado á las influencias de tiempos y doctrinas, que pueda luchar con fortuna contra la corriente de las ideas predominantes, y conservar íntegro su primitivo carácter y tradicional modo de ser. Esto, no obstante, hay en el fondo del corazón, como de la inteligencia de cada pueblo, algo que nunca muere, que constituye su savia nutritiva y forma su particular fisonomía; y esto es lo que, palpitando á través de las vicitudes de los tiempos y de los cambios de las ideas, informa su civilización y marca su esencial espíritu. He aquí lo que se quiere dar á entender cuando se habla de la filosofía griega, de la filosofía francesa, de la filosofía alemana, etc.; locuciones admitidas y de uso corriente, que indican algo peculiar y distintivo que caracteriza á la filosofía de estas naciones, aunque no separado, ni menos opuesto, al movimiento filosófico general. Y no otra cosa pretenden indicar los que hablan de la filosofía española, en lo que no puede menos de haber algo castizo y propio, que será conocido el día en que nuestros filósofos sean más estudiados y cotejadas sus doctrinas, para descubrir su filiación y enlace mútuos. Verdad es, que de la filosofía española no se habla tanto como de la de otros países, ni nuestros pensadores andan en lenguas de la fama, tanto como los filósofos extranjeros; pero esto es debido, más á nuestra incuria y falta de patriotismo, que no á que ellos carezcan de importancia. Falso y mezquino criterio ha sido siempre, juzgar del valer de un hombre ó de una doctrina, por la fama que haya dejado y el ruido que haya metido en el mundo, pues jamás las grandes empresas ni los grandes caracteres, deben ser apreciados por el éxito voluble y la moda caprichosa. La historia de la filosofía española debe escribirse; y confiamos que andando el tiempo se escribirá, sí, como es de presumir, no caen en terreno estéril, las fecundas semillas desparramadas por el P. Cuevas, Campoamor, Martí de Eixalá, Vidart, Castro, Valera, Arnau, Laverde, Menendez Pelayo y de-

más bizarros campeones de la ciencia española. Cuando esto se haya realizado, y se hayan publicado, también, ediciones de nuestros filósofos, se verá la necesidad de enderezar por nuevos derroteros nuestra actual cultura filosófica, emancipándonos de la tutela odiosa en que nos tienen los libros de filósofos extranjeros de la peor calaña, cuya lectura, á la vez, mata nuestra actividad y nos corrompe y estravía. Muchos ó casi todos los filósofos modernos franceses, ingleses y alemanes han sido vertidos á nuestra lengua, con no poca tortura del patrio idioma, que por lo visto no sirve para espesar nebulosidades germánicas; la casa Perojo de Madrid empezó á publicar una colección de los mismos, escogidos entre lo mas granado del campo racionalista, con unas introducciones biográfico-críticas que no había mas que pedir; otra empresa de la corte da á luz actualmente una biblioteca filosófico-económica, á dos reales tomo, que si bien hizo al principio grandes protestas de imparcialidad y de dar cabida á todas las escuelas, á juzgar por los volúmenes hasta ahora publicados, no será mejor que la anterior: de manera, que estamos invadidos por una plaga de libros racionalistas, positivistas, escepticos, panteistas, socialistas y otros *ejusdem furfuris*, especie de *filoxera* intelectual, que pronto, si Dios no lo remedia, devastará el campo de la sana ciencia española, y falseando las inteligencias y corrompiendo los corazones, trascenderá al cabo, por consecuencia lógica, al orden de los hechos, viniendo á la postre á alumbrar sus ruinas con las llamaradas de Alcoy y los incendios de Estremadura.

A todo esto, vemos que no hemos dicho una sola palabra acerca los filósofos y las escuelas de filosofía que en España han florecido; por lo que, bueno será dejarlo para otro artículo, ya que el presente se ha prolongado en demasía.

JOAQUÍN BORRÁS DE MARCH.

#### A LA BELLEZA

Oh belleza, belleza,  
yo comprenderte sé, yo sé adorarte:  
la gran Naturaleza,  
que es la madre del arte,  
me ha enseñado á sentirte y á alabarte.

Tu soberano aliento  
el espíritu orea y la materia;  
y solo el sentimiento  
es la inmortal arteria  
donde se cura la comun miseria.

Belleza, yo te veo  
flotar del cielo en el pomposo alarde,  
ya en el brillar febeo  
que en las mañanas arde,  
ya en la luz mortecina de la tarde.

En la oscura cabaña  
y en el rico palacio artesonado,  
en llano y en montaña  
y en el mar sosegado  
y en el por la tormenta alborotado.

En el rostro te miro  
de la cándida virgen cuando lanza  
de amor primer suspiro,  
y en el viejo que alcanza  
el tristísimo fin de la esperanza.

Te veo en el guerrero  
que blande el arma con nervudas manos,  
y en el pobre cabrero  
que en los campos lozanos  
renueva los idilios virgilianos.

Te veo en la suprema  
agitación de gloria á que no aspiro  
pero que á tantos quema,  
y en el dulce retiro  
en que olvidado y plácido respiro.

Oh belleza, belleza,  
yo comprenderte sé, yo sé adorarte;  
la gran Naturaleza,  
que es la madre del arte,  
me ha enseñado á sentirte y á alabarte.

NOMEN.

## EL TIEMPO

UN matemático nos probaría que el tiempo no existe. ¿Qué es el tiempo presente? no lo encontramos por más que queramos, pues cuando decimos *ahora*, este *ahora* ya ha pasado; en realidad, pues, solo existe el tiempo pasado; pero si el pasado, para serlo, por precisión tuvo que ser presente, y el presente no existe, lógicamente tampoco existe el pasado. Por la misma razón no existe el porvenir. Y sin pasado, sin presente y sin porvenir, es imposible que exista el tiempo. Todas estas deducciones son exactas; son, como he dicho, matemáticas. No obstante, aunque la razón nos las imponga, ¿las aceptamos? ¿quién duda, apesar de todas las razones, de la existencia del tiempo? En verdad, el mundo está delante de nosotros para hacernos volver locos con misterios. Todas las cosas son y no son, según como se las examina, y el ingenio humano encuentra pruebas para todo.

El tiempo! ¿qué es ese algo abstracto y real á la vez? ¿es algo positivo ó es el símbolo de la nada? El tiempo! al pronunciar esta palabra no pensamos en nada determinado, pero pensamos en un mundo que nos aturde, pensamos en todo; porque el tiempo, aunque fuese la nada, aunque lo sea, no podría dejar de ser todo; el tiempo nos envuelve; vivimos en él, nos precedió y nos seguirá; es nuestra vida y será nuestra muerte; es el segundo y el siglo, el detalle y el conjunto, el indispensable, el infinito, el misterio.

Representamos al Tiempo por un anciano de barba larga y cana, con la guadaña al hombro como la Muerte, y andando siempre, como el Judío Errante. ¿Existen dos ideas más distintas? ¿acaso la Muerte no está reñida con Aasverus? la muerte representa la inmovilidad, el silencio; Aasverus representa la inmortalidad, la agitación continúa; pero apesar de todo, el hombre necesitaba unir esos dos símbolos para comprender algo del misterio que le rodea, y los ha unido en la figura del Tiempo. En verdad el tiempo es Aasverus, inmortal, agitado, sin descanso, pero sembrando la muerte por todas partes. Nada respeta; á su paso caen los monumentos más suntuosos y más fuertes; convierte los edificios en ruinas, las ruinas en escombros y los escombros en polvo; crea flores para secarlas, crea criaturas para aniquilarlas, edifica para destruir, levanta para hundir; su obra es constante. Al pasar por delante de ciudades populosas y ricas que parecen eternas, sonríe desdeñosamente y dice: Yo os derribaré. Al ver á los tiranos, á los orgullosos levantarse sobre el pedestal del poder ó de la gloria, sonríe también con desprecio y esclama: Yo os aplastaré. Y el Tiempo cumple siempre su palabra; pueden pasar años, siglos, pero las ciudades algun día desaparecen sin dejar huella, y los poderosos y los altivos y los tiranos quedan aplastados y olvidados, tan aplastados y olvidados como los humildes. El hombre sueña no obstante en el poder y en la gloria, *universal* y *eterna*, sobre todo *eterna*. No piensa en que las generaciones pasan como las armonías, y si algun ser humano deja un nombre resonando despues de su muerte, al fin ese nombre deja también de resonar, porque no ha sido más que una nota que ha tardado en extinguirse.

Pero aunque el olvido nos contrarie cuando lo miramos desde el punto de vista de la vanidad, nos consuela cuando lo miramos desde el punto de vista del dolor. ¿Qué sería de nosotros si recordásemos constantemente todas nuestras desgracias? ¡Bendito sea el *tiempo* que nos las hace olvidar!

EL DOCTOR PÉSIMO.